

LA INMENSA MAYORÍA

# El partido del Gobierno



**L**A Conferencia de Organización del PSOE, celebrada el pasado fin de semana, ha encauzado muchas de las tensiones existentes en el partido y ha culminado en unos acuerdos que proponen al Comité Federal la apertura paulatina a nuevos afiliados, el reconocimiento de las corrientes de opinión, la armonización con el Estado de las autonomías y que cada delegado emita su voto en los Congresos, salvo para elegir a la Ejecutiva. Algunos medios han destacado que está aún limitado internamente el sufragio y, sobre todo, que se prohíbe a los militantes el ejercicio libre de la crítica. A mí me parece, sin embargo, que lo que conviene destacar principalmente es la capacidad de esta fuerza política para anticiparse a la erosión que le habría producido la persistencia en la negación de los derechos de las minorías. Se ha zafado de este error, con igual acierto que supo durante la transi-

ción asimilar todas las iniciativas socialistas y socialdemócratas nacidas al margen suyo. Primero, pues, consiguió la unidad y ahora busca la flexibilización, y ambos son objetivos imprescindibles para el futuro de una organización política.

Lo sucedido debe interpretarse en el contexto tanto histórico como sociológico de nuestro socialismo, y a su conocimiento contribuye un importante libro que acaba de aparecer: **Sociología del socialismo**, de José Félix Tezanos. Es un estudio fundamental, algunas de cuyas páginas merecen una calificación superlativa, como las dedicadas al examen de los cambios en la estructura de clases en España y la alternativa socialista, que constituyen lectura obligada para cuantos se interesan científicamente por la política en nuestro país. Es verdad que hay también en él omisiones, y entre ellas sobresale la mención de la corriente crítica dentro del partido, pero ni siquiera ellas empañan la utilidad de esta obra, a la cual deberían seguir otras

sobre el resto de los partidos. Como muy bien advierte Tezanos, el desarrollo del socialismo en España se explica tanto por el crecimiento de las clases trabajadoras, debido a la industrialización, cuanto por la capacidad de adaptación de los cuadros socialistas, que han mantenido abierto el partido a los nuevos sectores sociales emergentes. El PSOE no es ya un partido obrerista, sino que es muy importante dentro de él el contingente de afiliados con ocupaciones típicas de nueva clase media y se ha mostrado capaz de atraer en las pasadas elecciones a millones de votantes de los más diversos sectores ocupacionales. Este «tirón» se aplica también a los católicos practicantes, pues más del 21 por 100 de los que se pronunciaron a su favor el pasado 28 de octubre lo son habituales. Todo esto, sin embargo, no debe llevarnos a suponer apresuradamente que la moderación progresiva de este y otros partidos europeos de izquierda se debe sin más a la afiliación creciente de individuos de clase

media: «La evidencia empírica lo que verdaderamente demuestra es que en los partidos socialistas más cerradamente obreristas es donde precisamente se dan las mayores cotas de desradicalización y acomodación **realista.**»

Para entender al actual partido del Gobierno, finalmente, es preciso recordar que de cada 100 militantes, 13 ingresaron durante el período de la Segunda República, cinco durante el franquismo y 81 tras la muerte de Franco; de ellos, siete antes del XXVII Congreso, 25 entre éste y las elecciones de 1977 y 49 con posterioridad a ellas. Es una lástima que esta excelente investigación no diga nada tampoco sobre el crecimiento de la militancia desde la victoria electoral hasta hoy y que los análisis de ésta sean tan someros, pero lo reseñado sirve para ver que el partido de los cien años es muy nuevo en su composición y bastante menos obrero de lo que sugieren sus siglas.

Salustiano DEL CAMPO